

A vintage, sepia-toned photograph of three children in elaborate costumes. The child on the left wears a dark, draped headpiece and a necklace. The child in the center wears a tall, white, conical hat with red pom-poms and a patterned, ruffled garment. The child on the right wears a white headscarf and a dark dress. The background is a plain, light-colored wall.

Julio Garmendia

LA TIENDA DE MUÑECOS

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

200
BATALLA DE
CARABOBO



Julio Garmendia Escritor nacido en El Tocuyo, Lara, en 1898, considerado el iniciador del relato moderno en Venezuela. Ejerció cargos diplomáticos, entre ellos, el de cónsul de Venezuela en Génova. Colaboró con publicaciones periódicas como *El Herald*, *Fantoches* y *Billiken*. Ante de su muerte en Caracas, en 1977, dejó publicada una obra breve pero significativa: *La tienda de muñecos* y *La Tuna de Oro*. Tras su muerte fueron publicadas: *La hoja que no había caído en su otoño*, *La máquina de hacer ¡pu! ¡pu! ¡puuu!* y *El médico de los muertos*.

« Niños caraqueños en Carnaval

Hacia 1914

Foto: Pedro Ignacio Manrique



123

La tienda de muñecos

JULIO GARMENDIA

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarbó el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Nández Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

La tienda de muñecos

JULIO GARMENDIA



Índice

- 13 Prólogo
- 19 Mediodía
- 25 La tienda de muñecos
- 31 El cuento ficticio
- 35 El alma
- 43 El cuarto de los duendes
- 47 Narración de las nubes
- 55 El librero
- 59 La realidad circundante
- 63 El difunto yo
- 71 Carta de César Zumeta

*Al Dr. Antonio Álamo,
en testimonio de reconocimiento
dedico estas páginas.*

JULIO GARMENDIA
PARÍS, 1927

Prólogo

Julio Garmendia no tiene antecesores en la literatura venezolana. Durante un siglo nuestras letras han oscilado entre el lirismo delirante y etéreo y la más pesada chacota, sin conocer apenas los matices intermedios. Los “costumbristas” chapoteaban en el barro: los líricos se quedaban en las nubes. Nuestros escritores abren la boca para carcajear en recias explosiones de burla; o ponen los ojos en blanco para suspirar fementidas delicadezas; o fruncen el ceño para prorrumpir en campanudas y falsas contumelias. Aquí y allá pueden recogerse algunas flores de ironía y de buen humor, que apenas alcanzan para formar un ramillete exiguo.

Algunos mozos, sin embargo, están revelando que poseen el don de la ironía genuina, fenómeno a todas luces consolador. Los contrastes humanos ya no los exasperan, amilanan ni entristecen: antes, por el contrario, los mueven a curiosidad primero, a tolerancia luego y finalmente a piedad o a risa. Según que descubren lo extraño y lo absurdo de la vida y de las palabras de los hombres, van llegando a la raíz de las desventuras humanas, van conociendo que la herencia del error y de la injusticia nos toca a todos por igual; y de la fraternidad del infortunio surge la piedad como esas flores que nacen en los terrenos húmedos y sombríos y que pintan en la lobreguez de su habitación un reflejo del cielo

remoto. Podemos esperar que al lado de la ironía prospere, no enclenque como su melancólica hermana, sino enérgico y vivaz, el amor a la verdad y a la justicia.

Julio Garmendia llegó a Caracas hace pocos años, frizando con los veinte, y fue a parar a la redacción de un diario. Es el caso más curioso de afición a las letras que puede darse. Entró a trabajar en el diario no por necesidad ni por ambición política, como los demás, sino por vocación desinteresada. Entre nosotros, la estrecha puerta del periodismo es la única que conduce a la literatura. Pero lo más curioso es que el periodismo no le marchitó su juvenil amor a las letras puras, ni su preocupación por la claridad y el orden, ni el humor sarcástico, que son las cualidades que resaltan en su temperamento. El periodismo fue para él piedra de toque de la vocación, porque aun metiéndose a periodista, no se metió dentro del rebaño. En Venezuela todo el que escribe hoy día, escribe como periodista con muy contadas excepciones. Hay quienes pretenden tratar las más graves cuestiones científicas y filosóficas en las páginas de los diarios. Los escritores olvidan, en la premura de la labor urgente, el cuidado de la forma y aun el respeto debido a la lengua. Así, por una especie de desquite, los que disfrutaban de la calma necesaria para atildarla, caen en el extremo del preciosismo, en el amor desaforado por la frase linda, así sea impertinente o impropia. Y así han pasado dos generaciones por nuestra historia literaria, prorrumpiendo en vanos concientos que se desvanecieron pronto en el olvido.

El hecho es que el periodismo no ha contaminado a Garmendia, y que sigue siendo literato antes que periodista. No tiene el desdén de los periodistas por las ideas, no está encenegado en el lugar común, no respeta las frases hechas ni los matrimonios de palabras. Conserva la libertad, la agilidad, la frescura y la delicadeza del espíritu.

En vez de ponerse a pintar cromos claros, cielos turquíes con nubecitas de carmín y vuelos de golondrinas y a regoldar nostalgias apócrifas en prosa empedrada de adjetivos inertes, Garmendia se metió dentro de sí mismo, dentro de su corazón, dentro de su espíritu. Su instinto le avisó que no es contemplando

crepúsculos, ni viajando en ferrocarril, ni atravesando el océano, ni pintando acuarelas confusas como se encuentra la inspiración; por eso fue a buscarla en las profundidades de su ser mismo, a los inagotables manantiales de la conciencia. Encontró su camino; y este libro en que nos cuenta sus primeras aventuras de viandante es una ventana encantada que se abre sobre un valle fresco, donde comienzan a dibujarse, con el alba, siluetas expresivas y simbólicas.

Lo que ha escrito Garmendia son cuentos fantásticos, divagaciones desenfadadas, en las cuales nos presenta personajes que son nuevos porque el autor les asigna rasgos peculiares, pero que tienen una dilatada parentela en el mundo de los libros. Su diablo, por ejemplo, es característico. No es un demonio emblemático ni filosófico: es un diablo popular, un diablo afable y de buen humor. El pueblo no ha visto nunca a Pateta con malos ojos. Le profesa cierto temor, pero sabe que en el fondo es un amigo, como fue amigo del siervo medioeval en las noches del sábado. En este sentido digo que el diablo de Julio Garmendia es un diablo popular, un diablo a veces lerdo, no enemigo sino compinche, y a veces víctima del hombre; un demonio sin trascendencia, aunque a veces da señales de agudeza y malicia. Así, la aventura del hombre que se propone engañar al diablo y lo consigue, es una conseja antiquísima que Garmendia remoja en *El alma*, uno de los mejores cuentos del libro. Pero el autor sabe dejar sembrada en el ánimo la sospecha de que acaso fue el diablo quien se burló del hombre, porque tal vez no era menester concederle al hombre el don de la mentira, que fue quizás la substancia del barro del Paraíso en el que Jehová modeló a Adán.

Este diablo no es ni siquiera emprendedor. Ronda la habitación de su víctima con incertidumbres de enamorado tímido, y es necesario que el hombre mortal lo tiente con su invitación para que se decida a hacerle al tentador la proposición tradicional de que le venda el alma. Por donde se ve que Satanás no se presenta allí sino donde lo invitan con el deseo: es claro que Satanás es el mal pensamiento que cobra cuerpo fuera del hombre que lo concibe: Satanás es el reflejo del alma humana en el espejo de las cosas.

El diablo es el espíritu de la curiosidad, de la inquietud y de la rebeldía; aunque es poderoso, puede engañarse y engañarnos, pero es preferible engañarse andando con el diablo que no permanecer inmóviles sin él: es preferible la compañía del demonio a la viciosa y estéril contemplación estática. La verdad para el hombre es la acción y toda acción es diabólica. El hombre es por excelencia un ser en acción, y por eso el diablo es tan buen amigo del hombre; por eso el diablo que Garmendia concibe o inventa es un espíritu afable, a veces tímido, y nunca siniestro y protervo, como a la sombra de Dios, como el diablo que resplandece con fuego de furor, ira y envidia en el fondo del averno imaginado por las religiones. Es más o menos el mismo demonio que hace algunos años conversó con el italiano Papini, recién convertido hoy a la fe de Cristo; aunque el del italiano es un demonio con ribetes metafísicos, mientras que el de Garmendia es el verdadero diablo algo simple, concebido no por los teólogos, sino por los siervos oprimidos y los campesinos supersticiosos. En la sencillez con que el hombre de Garmendia trata con el príncipe de las tinieblas no deja de haber socarronería. Diríase que lo sabe contagiado de humanidad: el hombre que ha humanizado a los dioses para deificarse él mismo, humaniza al demonio para explicar y acaso para excusar sus propios rasgos diabólicos.

En cuanto a la forma literaria, Garmendia no parece un escritor venezolano de hoy día. Lo que impera en nuestros círculos más o menos literarios es la despreocupación chabacana por la dignidad y limpieza del lenguaje, la garrulería, el afán de palabras pintorescas, el vocabulario de toreros, tiples y conferenciantes madrileños, germanía grotesca e innoble. Sin zarandajas, ni floreros retóricos, su prosa es sobria y clara y su verdadero mérito consiste en exponer sus ideas vedadas por un manto diáfano, a través del cual vemos chispear la malicia. Ello testimonia que Garmendia concibe con claridad y precisión lo que quiere expresar o sugerir, sin la vaguedad y confusión tan comunes hoy en nuestras letras.

En estas narraciones la ironía asume a veces cierto sabor de sátira. Es natural. Probablemente las letras venezolanas pasarán del tono sentimental y élego

de hoy a la serenidad de la salud con un puente de sarcasmos. Los sarcasmos destruirán a los embustes y sofismas de muchos años y permitirán reanudar el hilo de la tradición, continuar la obra de los antepasados.

La fantasía de Garmendia denota poseer un íntimo orden lógico que le imprime a su producción cierta unidad intrínseca, la consistencia de una obra engendrada en la perseverante cavilación, no fortuitamente concebida en intermitentes devaneos de fiebre literaria.

En nuestra literatura, poblada ahora de ceños encapotados, de ayes y de suspiros en el claro de luna, la sonrisa de Julio Garmendia parecerá sin duda irreverente y profana. Aquellas quejumbres, si apócrifas, son máscara de hipocresía; si verídicas, señales de endebles. Esta sonrisa es testimonio de sano equilibrio. Contrasta en su esplendor ingenuo y jovial con las oscuras muecas de la sensualidad, del escepticismo y del desconsuelo: denota vida, salud y esperanza.

JESÚS SEMPRUM

NUEVA YORK, 1925

Mediodía

A las once y media reviso el orden de la oficina y bajo diez pisos. Enseguida, un trozo de autopista; la avenida México. Tengo suerte: hay donde estacionar y me apresuro. Van a ser las doce; él dijo que estaría en la librería un poco antes. Los amigos de El Gusano de Luz informan que no ha venido. Hojeo libros, y muy pronto lo veo llegar.

Caluroso, dispuesto a sonreír y a contener, ajeno —como ningún otro hombre mayor que yo conozca— a la charla incesante, don Julio Garmendía, con quien estaba citado, me invita a pasar al fondo de la librería. Ofrece un pequeño asiento: “Este es más cómodo”, mientras él elige un banquito de madera contra la luz de una ventana. Estamos en el depósito: papeles, libros. Hace cinco meses que no nos vemos; lo encuentro levemente menos delgado. Su pelo blanco, el rostro claro, atento. Un saco oscuro y la corbata roja. En otros escritores maduros he visto la fineza social y malévola; don Julio es cuidadoso y discreto, y la densidad de su ironía no está preparada: acude, fulminante, con espontaneidad.

Casi por mutuo acuerdo (un acuerdo anterior a la decisión de vernos) estamos aquí. Nada de importancia externa va a ocurrir durante la entrevista. Sin embargo, debido quizás solo a la estrechez del local, a su silencio y a esta

intimidad mental, será posible que don Julio diga hoy tantas cosas valiosas para mí.

Aún ahora crece la luminosa y reveladora atmósfera de aquel momento, don Julio —misterioso, incapaz de hablar sobre sí mismo, cerrado para cuanto signifique tocar personalmente su narrativa, maestro de las humorísticas (y no hirientes) evasivas— comienza por aceptar el lanzamiento de una tercera edición para *La tuna de oro* (las otras son de 1951 y 1973). Aunque agradece el trabajo de los diseñadores anteriores, querría que esta vez la portada fuese blanca, solo con los títulos imprescindibles. Así se lo ofrecemos, a nombre de la Universidad.

La conversación es lenta y sin embargo vibrátil. Perspicaz, lúcido, este hombre de 77 años sabe matizarla y convertir sus palabras en indirecta sabiduría. Cómo se hacen preferibles sus silencios y sus frases ceñidas ante la frecuente habladera, tan abrumadora y anecdótica de nuestros “poetas”. Mi sorpresa aumenta: ahora don Julio (cosa que se le ha sugerido hacer cien veces en los últimos años) se entusiasma con la idea —¡por fin!— de reeditar *La tienda de muñecos*. Lo apoyo: es imprescindible un alto tiraje. Agotado hoy, este primer libro de cuentos suyos, circuló en las ediciones de 1927 y 1970.

Sé cuán lábil es su celosa introspección y hoy, al verlo, intuí que esta mañana iba a ser nutritiva: quiero obtener mil datos, pero no puedo adelantar ningún énfasis, porque entonces él recogería esa tersa confianza a la cual arribo después de largo tiempo. Lo dejo hablar imaginando la ayuda de un grabador invisible de casetes que recojan el momento privilegiado; pero nada tengo, además la obligatoria presencia de los instrumentos cerraría esta fragmentaria enumeración hacia la cual me lleva. Quedo resignado a mirar su imagen contra la luz (un boceto de Monsanto) y a fijar casi dolorosamente cuanto diga.

(Todo ocurrió hoy; solo ahora en la madrugada puedo recoger los datos, desarrollarlos con calma; pero la impresión de luminosidad y equilibrio que don Julio produce, persiste).

Hace cinco meses —me dice— al volver a Barquisimeto después de muchísimos años sin hacerlo, don Julio caminó durante la primera tarde por las calles en las que había algo suyo, borroso y perdido para el hombre actual, pero nítido, cálido para el niño que fue. Allí mismo supo que esa “infancia doble” —la de ahora, la de antes— iba a reclamar su escritura, y pensó en un libro de historias entrecruzadas sobre su propia infancia. Correspondiendo a ese impulso, al regresar a Caracas, don Julio cambió su estilo de trabajo (ignoró mi curiosidad por saber cómo lo hacía antes): desde hace como cinco meses, cada día, luego de tomar varios cafés con leche grandes, comienza a escribir en las mañanas, temprano. Y se detiene muy tarde, a las tres o a las cuatro. “Mientras uno se da cuenta que es mediodía, la mañana dura”, confirma. Y en esas largas jornadas, antes de almorzar al atardecer, trabaja. Noto su entusiasmo, su vigor mental: jamás le conocí tal plenitud. (Asoma que el nuevo libro podría llamarse Coche de tres caballos).

A don Julio le gusta el sueño. “Es algo que mantiene a uno en contacto con mundos subterráneos, necesarios”. Vive en un hotel “para parejas”, en el centro de la ciudad. Su habitación, con libros y gatos: allí escribe, a mano. Será después, y muy lentamente, cuando comenzará a trabajar con la máquina esos relatos, cuyas correcciones —infinitas— pueden prolongarse durante décadas.

(Hace poco a medianoche localicé el hotel. Lo miré desde afuera adivinando la huella y el paso de esa imaginación secreta que le da calor. Es una calle ciega que termina casi simbólicamente en escalinatas. Cuántos ángulos de la vieja ciudad —hoy apenas visibles por el neón, los semáforos y la avenida más próxima— pueden intuirse allí. Crucé el breve pasillo del hotel y tras alguna de las puertas cerradas pude oler el humo de un sueño que cada día abandona a su soñador para permitirse estar con nosotros, como estaba a mediodía don Julio conmigo).

También hablamos de la escritura cumplida a partir de 1951: cubre aproximadamente dieciséis cuentos (“Algunos pueden ser buenos”, apunta él, con verdad) sobre temas fantásticos y temas relacionados con la niñez. Así se ha

formado un volumen: Pelo de paja (“Pelo de paja es una mujer”, dice don Julio). Cada libro de relatos es una síntesis de libertad, comenta, porque el autor puede hacer allí lo quequiera, al disponer el orden de los cuentos: alejar y aproximar temas, etc.

A la una en punto nos despedimos con un café. Vuelvo a la calle, al tráfico; miro al hombre sereno que ingresa a la multitud. Nada ha pasado, pero me exalta el privilegio de esta conversación pura, plena en sí misma, el breve contacto con un hombre a quien envuelve la gloria, pero que se detiene a su borde, conociéndola casi en un grado de ignorancia.

Y yo pienso borrar toda interferencia mía, para que en la conciencia solo persistan sus palabras, su imagen de hace un momento y, arrancándolo del tiempo, el perfil de este escritor nacido cerca de Barquisimeto en 1898. Hoy he revisado el diseño de sus cuentos, certeras investiduras del lenguaje y de la ficción, creados cuando la sensibilidad literaria del continente aún dormía o repetía las modulaciones del siglo XIX. Y a partir de esa lectura, puedo ver a Julio Garmendia, tenue, concentrado, durante su arribo a Caracas, en 1915. Nada más decisivo para este hombre que el silencio. Y ahora lo veo viajando a Roma, en el 23, prolongando una ausencia de diecisiete años que consumirá su juventud con el trasfondo de París, Génova, Copenhague o Viena. Hasta que en 1940 el maravilloso fantasma venga a quedarse entre nosotros. Y aquí está: lo encontré a mediodía, escuché su voz algo lejana, pero nunca estaré seguro de si no fue mi lectura —hoy— de donde escapó el delgado duende, para hacerme creer que hablé con don Julio, con ese hombre capaz de dar unos pasos en el siglo pasado y de estar conmigo ahora, probando su aguda disposición para dudar de la escritura, de su propia narrativa, en la cual, sin embargo, inscribió el destino de la literatura venezolana.

Huidizo, ajeno a honores y a consagraciones, el Julio Garmendia profetizado por Semprum y Zumeta, se mantendrá brumosamente escudado durante casi medio siglo de cultura venezolana, por dos libros un tanto marginales: La

tienda de muñecos y La tuna de oro. Hacia 1955, otro narrador de su estirpe, Guillermo Meneses, justamente cuando acababa de publicar La mano junto al muro y El falso cuaderno de Narciso Espejo, sus obras de mayor perfección, opina así sobre Julio Garmendia:

Nacido en el umbral del siglo XX, Julio Garmendia da a la cuentística venezolana su valiosísima nota personal, justamente apreciada muchos años más tarde. Los cuentos de Garmendia entran a nuestra literatura en un momento en que los escritores venezolanos son, casi exclusivamente, nacionalistas hasta la xenofobia, sarcásticos hasta la chistosa vulgaridad, anárquicos hasta la embriaguez de la protesta por todo y contra todo. El primer libro de Garmendia —*La tienda de muñecos*— es la obra de un autor que crea territorios literarios para sus personajes, que razona e ironiza con sonrisa comprensiva, que lleva los problemas humanos a climas intelectuales donde la pasión se aquietta en serenos pozos de belleza. Los personajes de Garmendia no pretenden ser más que eso; el autor no desea que se les confunda con hombres; son producto de la sensibilidad, de la concepción poética y sus movimientos obedecen al gracioso dibujo de un pensamiento armonioso que realiza, con delicada sabiduría, el juego de la creación artística. Las formas que crean los cuentos de Garmendia, los enigmas que plantean y descubren, pertenecen a la grata y clara razón del escritor, quien dialoga con sus criaturas un texto admirable de justezas, en el terreno de las posibilidades que él mismo ha determinado. Julio Garmendia es un cuentista ejemplar (Antología del cuento venezolano).

Aunque algunos estudiosos leyeron siempre con afecto a Garmendia, fue a partir de los años sesenta cuando se inició un amplio reconocimiento para sus breves libros. Julio Garmendia (1898-1977) ha sido el más literario y a la vez el más realista de nuestros narradores. Su relato “El cuento ficticio” no solo seduce por su suave ironía sobre ciertos abismos de la ficción, sino que resulta ser un lúcido manifiesto sobre algunos polos de lo imaginario en el continente, tal como iba a ser concebido por Borges o por Cortázar después.

En todo caso, las historias y la prosa de Julio Garmendia guardan el secreto de una mirada inesperada (pícaro, profunda) sobre acontecimientos y posibilidades humanas de siempre.

JOSÉ BALZA

CARACAS, OCTUBRE DE 1979

La tienda de muñecos

No sé cuándo, dónde ni por quién fue escrito el relato titulado “La tienda de muñecos”. Tampoco sé si es simple fantasía o si será el relato de cosas y sucesos reales, como afirma el autor anónimo; pero, en suma, poco importa que sea incierta o verídica la pequeña historieta que se desarrolla en un tenducho. La casualidad pone estas páginas al alcance de mis manos, y yo me apresuro a apoderarme de ellas. Hélas aquí:

No tengo suficiente filosofía para remontarme a las especulaciones elevadas del pensamiento. Esto explica mis asuntos banales, y por qué trato ahora de encerrar en breves líneas la historia —si así puede llamarse— de la vieja Tienda de Muñecos de mi abuelo, que después pasó a manos de mi padrino, y de las de este a las mías. A mis ojos posee esta tienda el encanto de los recuerdos de familia, y así como otros conservan los retratos de sus antepasados, a mí me basta, para acordarme de los míos, pasear la mirada por los estantes donde están alineados los viejos muñecos, con los cuales nunca jugué. Desde pequeño se me acostumbró a mirarlos con seriedad. Mi abuelo, y después mi padrino, solían decir, refiriéndose a ellos:

—¡Les debemos la vida!

No era posible que yo, que les amé entrañablemente a ambos, considerara con ligereza a aquellos a quienes adeudaba el precioso don de la existencia.

Muerto mi abuelo, mi padrino tampoco me permitió jugar con los muñecos, que permanecieron en los estantes de la tienda, clasificados en orden riguroso, sometidos a una estricta jerarquía, sin que jamás pudieran codearse un instante los ejemplares de diferentes condiciones; ni los plebeyos andarines que tenían cuerda suficiente para caminar durante el espacio de un metro y medio en superficie plana, con los lujosos y aristócratas muñecos de chistera

y levita, que apenas si sabían levantar con mucha gracia la punta de los pies elegantemente. A unos y otros, mi padrino no les dispensaba más trato que el imprescindible para mantener la limpieza en los estantes donde estaban ahilerados. No se tomaba ninguna familiaridad ni se permitía la menor chanza con ellos. Había instaurado en la pequeña tienda un régimen que habría de entrar en decadencia cuando entrara yo en posesión del establecimiento, porque mi alma no tendría ya el mismo temple de la suya y se resentiría visiblemente de las ideas y tendencias libertarias que prosperaban en el ambiente de los nuevos días.

Por sobre todas las cosas, él imponía a los muñecos el principio de autoridad y el respeto supersticioso al orden y las costumbres establecidas desde antaño en la tienda. Juzgaba que era conveniente inspirarles temor y tratarlos con dureza a fin de evitar la confusión, el desorden, la anarquía, portadores de ruina así en los humildes tenduchos como en los grandes imperios. Hallábase imbuido de aquellos erróneos principios en que se había educado y que procuró inculcarme por todos los medios; y viendo en mi persona el heredero que le sucedería en el gobierno de la tienda, me enseñaba los austeros procedimientos de un hombre de mando. En cuanto a Heriberto, el mozo que desde tiempo atrás servía en el negocio, mi padrino le equiparaba a los peores muñecos de cuerda y le trataba al igual de los maromeros de madera y los payasos de serrín, muy en boga entonces. A su modo de ver, Heriberto no tenía más sesos que los muñecos en cuyo constante comercio había concluido por adquirir costumbres frívolas y afeminadas, y a tal punto subían en este particular sus escrúpulos, que desconfiaba de aquellos muñecos que habían salido de la tienda alguna vez, llevados por Heriberto, sin ser vendidos en definitiva. A estos desdichados acababa por separarlos de los demás, sospechando tal vez que habían adquirido hábitos perniciosos en las manos de Heriberto.

Así transcurrieron largos años hasta que yo vine a ser un hombre maduro y mi padrino un anciano idéntico al abuelo que conocí en mi niñez. Habitábamos

aún la trastienda, donde apenas si con mucha dificultad podíamos movernos entre los muñecos. Allí había nacido yo, que así, aunque hijo legítimo de honestos padres, podía considerárseme fruto de amores de trastienda, como suelen ser los héroes de cuentos picarescos.

Un día mi padrino se sintió mal.

—Se me nublan los ojos —me dijo— y confundo los abogados con las pelotas de goma, que en realidad están muy por encima.

—Me flaquean las piernas —continuó, tomándome afectuosamente la mano— y no puedo ya recorrer sin fatiga la corta distancia que te separa de los bandidos. Por estos síntomas conozco que voy a morir, no me prometo muchas horas de vida, y desde ahora heredas la Tienda de Muñecos.

Mi padrino pasó a hacerme extensas recomendaciones acerca del negocio. Hizo luego una pausa durante la cual le vi pasear por la tienda y la trastienda su mirada ya próxima a extinguirse. Abarcaba así, sin duda, el vasto panorama del presente y del pasado, dentro de los estrechos muros tapizados de figurillas que hacían sus gestos acostumbrados y se mostraban en sus habituales posturas. De pronto, fijándose en los soldados que ocupaban un compartimiento entero en los estantes, reflexionó:

—A estos guerreros les debemos largas horas de paz. Nos han dado buenas utilidades. Vender ejércitos es un negocio pingüe.

Yo insistía cerca de él a fin de que consintiera en llamar médicos que lo vieran. Pero se limitó a mostrarme una gran caja que había en un rincón.

—Encierra precisamente cantidad de sabios, profesores, doctores y otras eminencias de cartón y profundidades de serrín que ahí se han quedado sin venta y permanecen en la oscuridad que les conviene. No cifras, pues, mayores esperanzas en la utilidad de tal renglón. En cambio, son deseables las muñecas de porcelana, que se colocan siempre con provecho; también las de pasta y celuloide suelen ser solicitadas, y hasta las de trapo encuentran salida. Y entre los animales —no lo olvides—, en especial te recomiendo a los asnos y los osos, que en todo tiempo fueron sostenes de nuestra casa.

Después de estas palabras mi padrino se sintió peor todavía y me hizo traer a toda prisa un sacerdote y dos religiosas. Alargando el brazo, los tomé en el estante vecino al lecho.

—Hace ya tiempo —dijo, palpándolos con suavidad—, hace ya tiempo que conservo aquí estos muñecos que difícilmente se venden. Puedes ofrecerlos con el diez por ciento de descuento, lo cual equivaldrá a los diezmos en lo tocante a los curas. En cuanto a las religiosas, hazte el cargo que es una limosna que les das.

En este momento mi padrino fue interrumpido por el llanto de Heriberto, que se hallaba en un rincón de la trastienda, la cabeza cogida entre las manos, y no podía escuchar sin pena los últimos acentos del dueño de la Tienda de Muñecos.

—Heriberto —dijo, dirigiéndose a este— no tengo más que repetirte lo que tantas veces ya te he dicho: que no atiples la voz ni manosees los muñecos.

Nada contestó Heriberto, pero sus sollozos resonaron de nuevo, cada vez más alto y más destemplados.

Sin duda, esta contrariedad apresuró el fin de mi padrino, que expiró poco después de decir aquellas palabras. Cerré piadosamente sus ojos y enjuagué en silencio una lágrima. Me mortificaba, sin embargo, que Heriberto diera mayores muestras de dolor que yo. Sollozaba ahogado en llanto, mesábase los cabellos, corría desolado de uno a otro extremo de la trastienda. Al fin me estrechó en sus brazos:

—¡Estamos solos! ¡Estamos solos! —gritó.

Me desasí de él sin violencia, y señalándole con el dedo el sacerdote, el feo doctor, las blancas enfermeras, muñecos en desorden junto al lecho, le hice señas de que los pusiera otra vez en sus puestos...

El cuento ficticio

Hubo un tiempo en que los héroes de historias éramos todos perfectos y felices, al extremo de ser completamente inverosímiles. Un día vino en que quisimos correr tierras, buscar las aventuras y tentar la fortuna, y andando y desandando de entonces acá, así hemos venido a ser los descompuestos sujetos que ahora somos, que hemos dado en el absurdo de no ser absolutamente ficticios, y de extraordinarios y sobrenaturales que éramos nos hemos vuelto verosímiles, y aun verídicos y hasta reales... ¡Extravagancia! ¡Aberración! ¡Como si así fuéramos otra cosa que ficticios que pretendemos dejar de serlo! ¡Como si fuera posible impedir que sigamos siendo ilusorios, fantásticos e irreales aquellos a quienes se nos dio, en nuestro comienzo u origen, una invisible y tenaz torcedura en tal sentido!... Yo —¡palabra de honor!— conservo el antiguo temple ficticio en su pureza. Soy nada menos que el actual representante y legítimo descendiente y heredero en línea recta de los inverosímiles héroes de los Cuentos Azules de que ya no se habla en las historias, y mi ideal es restaurar nuestras primeras perfecciones, bellezas e idealismos hoy perdidos: regresar todos —héroes y heroínas, protagonistas y personajes, figuras centrales y figurantes episódicos—, regresar, digo, todos los ficticios que vivimos, a los reinos y reinados del país del Cuento Azul, clima feliz de lo irreal, benigna latitud de lo ilusorio. Aventura verdaderamente imaginaria, positivamente

fantástica y materialmente ficticia de que somos dignos y capaces los que no nacimos sujetos de aventuras policiales de continuación o falsos héroes de folletines detectivescos. Mi primer paso es reunir los datos, memorias, testimonios y documentos que establecen claramente la existencia y situación del país del Cuento Inverosímil. ¿Necesito decirlo? Espíritus que se titulan fuertes y que no son más que mezquinos se empeñan en pretender que nunca ha existido ni puede existir, siendo por naturaleza inexistente, y a su vez dedícase a recoger los documentos que tienden a probar lo contrario de lo que prueban los míos: como si hubiera algún mérito en no creer en los Cuentos Fabulosos, en tanto que lo hay muy cierto en saber que sí existieron. Como siempre sucede en los preámbulos de toda grande empresa, los mismos que han de beneficiar de mis esfuerzos principian por negarse a secundarme. Como a todo gran reformador, me llaman loco, inexperto y utopista... esto sin hablar de las interesadas resistencias de los grandes personajes voluminosos, o sea los que en gruesos volúmenes se arrellanan cómodamente y a sus anchas respiran en un ambiente realista; ni de los fingidos menosprecios de los que por ser de novela o de novelón, o porque figuran en novelín, lo cual nada prueba, se pretenden superiores en rango y calidad a quienes en los lindes del Cuento hemos nacido, tanto más si orígenes cuentísticos azules poseemos.

Pero no soy de aquellos en quienes la fe en el mejoramiento de la especie ficticia se entibia con las dificultades, que antes exaltan mi ardor. Mi incurable idealismo me incita a laborar sin reposo en esta temeraria empresa: y a la larga acabaré por probar la existencia del País del Cuento Improbable a estos mismos ficticios que hoy la niegan, y hacen burla de mi fe, y se dicen sagaces solo porque ellos no creen, en tanto que yo creo, y porque en el transcurso de nuestro exilio en lo Real se han vuelto escépticos, incrédulos y materialistas en estas y otras muchas materias; y no solamente he de probarles, sino que asimismo los arrastraré a emprender el viaje, largo y penoso, sin duda, pero que será recompensado por tanta ventura como ha de ser la llegada, entrada y recibimiento en el país del Cuento Ilusorio, cuyo solo anuncio ya entusiasma,

de las turbas de ficticios de toda clase y condición, extenuados, miserables y envejecidos después de tanto correr la realidad y para nunca más reincidir en tamaña y fatal desventura.

Algunos se habrán puesto a dudar del desenlace, desalentados durante la marcha por la espera y la fatiga. No dejarán de reprocharme el haberles inducido a la busca o rebusca del Reino Perdido, en lo cual, aun suponiendo, lo que es imposible, que nunca lo alcanzáramos, no habré hecho, sino realzarlos y engrandecerlos mucho más de lo que ellos merecen; y como ya empezarán por encontrar lo inencontrable, procuraré alentarlos con buenas palabras, de las que no dejará de inspirarme la mayor proximidad del Cuento Irreal y la fe que tengo y me ilumina en su final descubrimiento y posesión. Ya para entonces ha de ser el buen viejo de los cuentos o de la fábulas, de luengas barbas blancas, apoyado en grueso bastón, encorvado bajo el peso de las alforjas sobre el hombro; y al pasar por un estrecho desfiladero entre rocas o por alguna angosta garganta entre peñas, y desembocar delante de llanuras, esto al caer de alguna tarde, extendiendo la mano al horizonte les mostraré a mis ficticios compañeros, cada vez más ralos y escasos junto a mí, cómo allá lejos, comienza a asomar la fantástica visión de las montañas de los Cuentos Azules...

Allí será el nuevo retoñar de las disputas y el mirarse de soslayo para comunicarse nuevas dudas, y el inquirir si tales montañas no son más bien las muy reales, conocidas y exploradas montañas de tal o cual país naturalmente montañoso donde por casualidad nos hallaríamos, y el que si todas las montañas de cualquier cuento o país que fueren no son de lejos azules... ¡Y yo volveré a hablar de la cercana dicha, de la vecina perfección, de la inminente certidumbre ya próxima a tocarse con la mano!

Así hasta que realmente pisemos la tierra de los Cuentos Irreales, adonde debemos de llegar un día u otro, hoy o mañana, dentro de unos instantes quizás, y donde todos los ficticios ahora relucientes y radiantes vienen a pedirme perdón de las ofensas que me hicieron, el cual les doy con toda el alma puesto que estamos ya de vuelta en el Cuento en el que acaso si alguna

vez, por único contratiempo o disgusto, aparece algún feo jorobado, panzudo gigante o contrahecho enano. Bustos pequeños y grandes estatuas, aun ecuestres, perpetúan la memoria de esta magna aventura y de la ciencia estudiada o el arte no aprendido con que desde los países terrestres y marítimos, o de tierra firme e insular, o de aguas dulces y salobres, supe venir hasta aquí, no solo, sino trayendo a cuantos quisieron venir conmigo y se arriesgaron a desandar la Realidad en donde habían penetrado. Mis propios detractores se acercan a alabar y celebrar mi nombre, cuando mi nombre se alaba ya por sí mismo y se celebra por sí solo. Los gordos y folletinescos poderosos que ayer no se dignaban conocerme ni sabían en qué lengua hablarme, olvidan su desdén por los cuentísticos azules, y pretenden tener ellos mismos igual origen que yo, y además haberme siempre ayudado en mis comienzos oscuros, y hasta lo prueban, cosa nada extraña en el dominio de los Cuentos Imposibles, Inverosímiles y Extraordinarios, que lo son hoy más que nunca... *Mi hoja de servicios ficticios* es, en suma, de las más brillantes y admirables. Se me atribuyen todas dotes, virtudes y eminentes calidades, además de mi carácter ya probado en los ficticios contratiempos. Y, en fin, de mí se dice: *Merece bien de la ficción*, lo que no es menos ilustre que otros méritos...

Por lo cual me regocijo en lo íntimo del alma, me inclino profundamente delante de vosotros, os sonrío complacido y me retiro de espaldas haciéndoos grandes reverencias...

El alma

¿Qué viene a buscar el diablo en mi aposento? ¿Y por qué se toma la molestia de tentarme? Me permito creer que es cuando menos una redundancia y una inconcebible falta de economía en la distribución de tentaciones entre los hombres, el hecho de que se me acerque Satán con el objeto de rendirme a su poder. Nunca requerí su presencia para caer en pecado. En cambio, seguramente viven a estas mismas horas personas suficientemente virtuosas para que pueda el Maligno ocuparse con fruto en inducirlos a pecar. Existen sin duda muchas gentes honradas que muy bien pudieran ser digna ocupación del Diablo...

En estas reflexiones me había engolfado, viendo cómo rondaba el Maligno alrededor de mi aposento. No se atrevía a penetrar todavía, pero acercábase a la ventana y enviaba hacia adentro miradas llenas de ternura e interés. Satán, no cabía duda, procedía conmigo a la manera que con una doncella a quien temía asustar y correr para siempre si le hacía violentamente sus proposiciones. Quise, pues, adelantármele, fui a llamarle y le hice entrar. Comprendió al punto la verdadera situación en que me hallaba y tomó asiento a mi lado sin inmutarse en lo más mínimo.

—Caballero —me dijo— aspiro a compraros vuestra alma.

No podía sorprenderme su propuesta, porque bien sabía yo que se ocupaba él desde mucho tiempo atrás en esta clase de transacciones.

—¡Ah, caballero! —le dije— ¡Con cuánto gusto accedería a vuestra demanda! Pero, decidme, ¿acaso estáis seguro de que tenga alma?

—No, por cierto —me respondió—, y antes de cerrar el pacto tendríamos que averiguarlo a punto fijo. Trátase de una compraventa y cualquier abogado, aunque no sea de los más notables, os dirá que para que una cosa pueda venderse o comprarse, es preciso que exista. Averiguaremos si lleváis alma en vuestro cuerpo (porque hay muchos que no la tienen), y en caso afirmativo, no temáis vendérmela enseguida.

—Tampoco temería vendéros la si no la tuviera. Y lo haría sin sombra de escrúpulo, porque, no poseyendo alma perdurable, ¿cómo podría castigárase en otra vida por una mala acción?

—Caballero —repuso el Maligno— formalicemos nuestro negocio. Oíd: viviremos ambos como amigos y camaradas inseparables durante cierto tiempo, y, mientras tanto, os observaré cuidadosamente para ver si descubro en vos indicios de un alma libre y soberana.

Le estreché la mano con efusión.

—Si queréis —le dije—, desde luego podemos empezar nuestras correrías y ver si nos presenta el azar circunstancias extraordinarias y trances excepcionales en los cuales haya ocasión para darse a conocer un alma verdaderamente inmortal.

II

—¿Podrías decirme, amigo Satán, si habéis descubierto un alma dentro de mí? Si la habéis hallado decídmelo en seguida para que juntos determinemos su valor; y si creéis que no poseo ninguna, no temáis decírmelo claramente, porque no ocasionaréis con ello ningún disgusto ni mucho menos me creeré ofendido

porque me digáis desalmado. Al contrario, el no poseer alma ninguna me libraré de infinitas preocupaciones y responsabilidades molestas. Nuestro cuerpo es inofensivo y no pretende pasar de la tumba. Pero el alma nos expone a mil peligros e incertidumbres. Por lo pronto, la sola probabilidad de tenerla me hace ya andar en vuestra compañía.

—Amigo mío —me contestó Satán, poniéndome amistosamente la mano sobre el hombro—: me veo en la obligación de manifestaros, después de tantos ensayos y experimentos infructuosos, que aún no he podido averiguar con certeza si poseéis en vuestro cuerpo esa esencia inmortal. La averiguación del alma es asunto difícil y solo dispongo de un modo que permitiría esclarecerlo en seguida. Es el siguiente, que os propongo como el mejor y más expedito, y de cuyos inequívocos resultados estoy seguro: os daré muerte (el género de muerte que queráis escoger) y pasado brevísimo tiempo os haré revivir mediante mi poder satánico y volveréis a ser idénticamente el mismo. El procedimiento, como podéis apreciarlo, es muy sencillo: durante el tiempo en que permaneczáis muerto, si tenéis alma, esta se expandirá en infinitas perspectivas extraterrenas y visiones celestes e infernales, de las cuales os acordaréis perfectamente después mediante una fórmula mágica que yo tendré el cuidado de pronunciar al volveros a la vida. Si, por el contrario, carecéis de alma perdurable después de la muerte, esta se reducirá para vos a un sueño denso del que no conservaréis memoria. En cuanto a los medios más adecuados para daros muerte, opino que es preferible la cómoda estrangulación, procedimiento que no requiere instrumento ni aparato alguno.

Acepté el ingenioso expediente imaginado por Satán, quien me estranguló de manera afectuosa, en medio de la amistad más cordial y el compañerismo más estrecho, una noche del mes de enero, en el rincón de una plaza pública, a la sazón desierta bajo la luna clara y redonda. Recuerdo con exactitud minuciosa el sitio del crimen. A pocos pasos dormitaba un guardia envuelto en su gran capucha negra, y tuve el placer de dejarme estrangular a la vista de un guardia público, sin rebajarme a pedirle socorro.

—Os recomiendo encarecidamente mi cadáver. Miradlo con ojos paternos y cuidado de que no se estropee el rostro, pues ya lo fue bastante por la impía Naturaleza, con grave atropello de la perfección física.

Tales fueron mis últimas voluntades. Al extinguirme a manos de Satán, mi mirada recayó al azar en el claro disco de la luna, donde quedó fija hasta que perdí el conocimiento.

III

—Espero ansioso vuestro relato de ultratumba —fueron las primeras palabras que oí de Satán al volver de aquel sueño en el que nada me había sido dado contemplar ni sentir: seguramente por haber muerto con la mirada fija en la luna llena, mi permanencia en el reino ultramundano se redujo de manera lastimosa a ver una infinidad de globos que no expresaban ningún ingenio ni mucho menos podían ser indicios por donde se coligiera la presencia de un espíritu soberano.

—No cabe duda —razonaba yo en tan críticos instantes— que ha sido este un fallecimiento estúpido, propio más bien de alguien que hubiera muerto de fiebre delirando con globos de colores. ¡Ah, no! Satán no se desternillará de risa oyéndome contar semejantes sandeces, indignas y groseras manifestaciones del espíritu inmortal que indudablemente me anima. Porque ahora, después de este importante experimento y de tantos otros en que he dilapidado el tiempo y arriesgado la existencia, soy de opinión que no debo permanecer indiferente a los resultados, sino antes bien hacerme pasar como poseedor de un alma preciosísima, para resarcirme de este modo, con lo que Satán me entregue en cambio de ella, de las pérdidas cuantiosas que debo estar sufriendo en mis negocios durante el largo tiempo que llevo desatendiéndolos por andar con el Maligno en la averiguación de mi alma. Tanto más cuanto que muy bien pudiera ser que el mismo Satán me haya adormecido fraudulentamente el espíritu perdurable,

a fin de persuadirme de mi inferioridad y decidirme a venderle a precio vil un alma poco significativa.

Pero ya no era posible coordinar nada, y la voz del Maligno me apremiaba a contarle el resultado.

Resolvíme, pues, a abrir los ojos.

—Quisiera tener algún tiempo para coordinar mis ideas y mis recuerdos ¡oh, Satán! —Le dije— porque he visto cosas inverosímiles que no me atrevo a narrar en un lenguaje improvisado e inelocuente. Os prometería componer en breve una interesante memoria, que sometería a vuestro criterio y en la cual os narraría hasta los ínfimos pormenores. Pero como seguramente estáis ya harto de este asunto, que os ha retenido bastante tiempo y que para vos debe carecer de novedad, os diré a grandes rasgos lo sucedido. Apenas muerto, pude ver unos astros que se alineaban en dos filas, como una soberbia iluminación para el paso de alguna gran Potestad. A poco me sentí impulsado por una fuerza desconocida y (cosa a que jamás me hubiese atrevido sin la intervención de un poder ajeno a mi voluntad) recorrí de manera lenta y ceremoniosa aquella galería astral y aun tuve calma para observar que detrás de mí, las luminarias íbanse apagando sucesivamente a mi paso. Al final de la galería se abrió de pronto una puerta de oro macizo que arrojó hacia fuera una gran bocanada de luz aún más intensa. Por aquella preciosa Puerta apareció un Pontífice (así por lo menos lo supongo en mi ignorancia) que avanzó dos pasos hasta encontrarse conmigo. Tomándome de la mano, me condujo a la Puerta y me mostró algo que seguramente debía ser admirable, pero que yo no pude ver a causa de la luz excesiva que reinaba en el recinto. Luego me atrajo suavemente e imponiéndome ambas manos sobre la cabeza se disponía a consagrarme sabe Dios de qué cosa; pero en aquel instante recordé bruscamente que no debía permitir que se me consagrara en lo más mínimo, en vista de nuestro pacto satánico. A la vez recordé en el propio instante que nos había dejado en situación difícil, con un cadáver a pocos pasos de un guardia público, y que si este despertaba de pronto, para ponerlos en salvo os veríais en el caso de abandonar

mi cadáver, el cual sería desdorosamente conducido a un hospital cualquiera. Así, pues, me dejé caer violentamente al suelo y me escurrí por entre las faldas del gran sacerdote, en momentos en que este tenía puestos los ojos en blanco por hallarse en éxtasis para atraer con su fervor la divina bendición sobre mi cabeza. El paso por debajo de aquel gran sacerdote fue largo y penoso, y solo puedo decir que durante el trayecto nada me indujo a recordar la ambrosía. En carrera fantástica llegué hasta aquí y penetré rápidamente en mi cuerpo, cuya boca, dicho sea sin intención de reprochároslo, os habíais olvidado de cerrar convenientemente.

Me incorporé sin dificultad y proseguí de este modo:

—Debo ahora manifestaros, ¡oh, Satán!, la gratitud imperecedera que os guardo por haberme puesto en circunstancias apropiadas para comprobar patentemente que me hallo en posesión de un alma inmortal. Gustoso comparto ahora con los creyentes la desdeñosa lástima que les inspiran los materialistas y los impíos, que nunca gozaron el soberano orgullo de saberse dueños de un espíritu perdurable. Puedo regocijarme, además, de saber que esta alma no es en modo alguno un alma adocenada y de poca monta, sino antes bien un espíritu que goza de especial estimación en el reino ultraterreno y que, por consiguiente, es verdaderamente inapreciable. Me sentiría, pues, singularmente rebajado si consintiera en vendéroslo por una suma cualquiera.

Satán me hizo notar que yo estaba comprometido formalmente a venderle el alma que tuviera.

—Considerad —me dijo— que un hombre de espíritu tan elevado como el vuestro, según decís, no puede faltar a la palabra empeñada.

—¡Cuán cierto es eso! —le dije—, ¡oh, Satán! Pero yo no he pensado en quebrantar la palabra empeñada. Si rehúso cederos mi alma por dinero, es porque, siendo tan digna y preciosa, la considero invalorable. Pero no tengo ningún inconveniente en cambiároslo por algo que sea igualmente sin precio. Os la cederé, pues, si me dais en cambio el don de mentir sin pestañear. Privado en adelante de toda alma y habiendo perdido ya de antemano el cielo,

puede ser, sin embargo, que este pequeño don que os pido me sirva para hacerme con el tiempo de otra alma y otro cielo.

Satán se regocijó en extremo con esta noticia y me manifestó que, como señalada prueba de confianza y amistad, me había concedido ya de antemano el don que le pedía...

Así que no tuvimos nada más que tratar y continuamos nuestro paseo de aquella noche bajo la luna que iluminaba como una gran lámpara el jardín. Hablábamos de cosas indiferentes. Cuando pasamos junto al guardia, que seguía durmiendo profundamente, le decía yo a Satán estas palabras:

—Lamento no haber traído de mi celeste correría, como se acostumbra después de un viaje, algún pequeño recuerdo o reliquia. Por ejemplo, varios pedazos de oro arrancados de aquella preciosa Puerta. A mi regreso, parientes y amigos se los hubieran disputado con fervoroso ardor, porque son sumamente cristianos, y todos de una gran piedad...

El cuarto de los duendes

Cayó del techo y comenzó a danzar en los rincones del cuarto. Su talla minúscula, su figurilla grotesca, sus extraños movimientos no me dejaban duda acerca de quién era.

—He aquí realizado un sueño que acaricio de largo tiempo atrás. Me encuentro esta noche, por primera vez después de muchos años de ausencia, en la casa donde transcurrieron los días de mi infancia, en aquel mismo *cuarto de los duendes* en donde, al caer la noche, caían los duendes del techo. Nada más que a revivir cosas pretéritas he venido hasta aquí: a evocar aquellos fantasmas, aquellas vislumbres, aquellas apariencias que entonces tuvieron en mi espíritu la fuerza de grandes realidades. ¡Te doy las gracias, pequeño duende que ahora te ocultas entre los pliegues de las cortinas raídas, porque bajas esta noche a mi presencia, te muestras a mis ojos y danzas en mi obsequio! No sé si te defraudo porque te haya perdido el miedo que antaño me inspiraste y te pido perdón si ya no huyo al entrever tu personilla. Eres ahora nada más que objeto de mi curiosidad, de mi recuerdo y de mi simpatía. La poderosa ilusión, el terrible miedo, el oscuro estremecimiento, ya no se apoderan de mí; la razón ha suplantado a los ingenuos impulsos de ayer; la vida y el tiempo destruyeron las candorosas creencias infantiles; ¡y me siento cambiado, indiferente e incapaz del gran miedo o la grande alegría que solía sentir!

Me acerqué al duendecillo con la intención de acariciarlo como a un niño.

—¡A pesar de todos los sustos que me diste, hoy quiero ser tu amigo, duendecillo encantador que sabes el arte de caer de los techos sin hacerte el menor daño!

Se escurrió por entre mis piernas, al mismo tiempo que caían del techo otros innumerables duendecillos semejantes a él. Ágiles, inquietos, diminutos, de figurillas absurdas y raras, de fisonomías imposibles de fijar, agitándose siempre con movimientos rítmicos a la vez que disparatados, acabaron por tomarse de las manos y encerrarme dentro de un círculo movable, danzando en torno mío.

—¡He venido justamente a reconciliarme con vosotros, estoy encantado del buen recibimiento que me hacéis, y ya no os guardo rencor!

Parecían no escuchar mis palabras, a las que no prestaban más atención que a un ruido inexpressivo. Sus círculos se hacían más numerosos, rápidos y confusos.

—¡Qué buena voluntad ponéis todavía en vuestro oficio!

Fui conducido a través de la casa. En todas partes pululaban los mismos seres minúsculos; gesticulaban delante de los espejos, de los retratos de familia y de las imágenes de los santos; en los lechos hacían piruetas extravagantes; en el piano ejecutaban un aire apresurado; salían en tropel del fondo de los armarios viejos; en la despensa misma...

—¿De qué os alimentáis, duendecillos? No sé de qué podéis nutrirlos en esta despensa de donde ya no veo huir un ratón. Seguramente os los habéis comido. Los ratones son para vosotros sabrosos cochinitillos. ¿Y vuestras gallinas?

¡Las reemplazáis, sin duda, por gordas y apetitosas arañas!

Pero, en el comedor, otros duendes sentábanse a la mesa y comían no sé qué terroncillos, creo, puestos en platos relucientes. Circularon las copas.

—¡A vuestra salud!

Bebimos, y este buen trago de licor de los duendes me inspiró una idea.

—Aguardad mientras busco una botella con que quiero obsequiaros. Es un licor menos rico que el vuestro, pero os lo ofrezco con gusto.

Corrí a buscar mi botella... ¿Dónde está? ¿Dónde la he dejado hace poco, en un minuto apenas tal vez?... Héla aquí, y he aquí también la copa que no sé ya cuántas veces he llenado esta noche. Al cabo, pierdo siempre la cuenta... Pero... ¡Ah! Mi asombro es inmenso y la botella cae de mis manos; me restriego los ojos, paso una mano fría por la frente, echo hacia atrás los cabellos en desorden: nada de esto es eficaz en este caso para destruir lo que veo; y de las cajas, los baúles, las valijas que he traído conmigo desde los países extranjeros, desde las grandes ciudades, desde los centros del mundo; de aquellas cajas repletas de nuevos libros de crítica y filosofía; de los papeles de negocios; de las cartas de amigos; de la fotografía de una mujer inolvidable; de los horarios de ferrocarril, los itinerarios de navegación y de las hojas de los periódicos, del frasco de agua de colonia y del jabón de afeitar, de los zapatos de goma y de las raquetas de tenis... empezaron también a salir duendecillos, ágiles e inquietos, diminutos, de figurillas no menos absurdas y raras, de fisonomías asimismo imposibles de fijar, y saltando a mi alrededor con movimientos igualmente rítmicos y disparatados, en una danza agitada y unos círculos rápidos...

Pero ya en el cuarto penetraban los primeros claros del alba, y mi espíritu mismo también se iba aclarando; y a medida que pasaban en tropel delante de mis ojos, gesticulando y agitándose sin tregua, los duendecillos se deshacían en el aire unos tras otros, como pequeños cuerpos irreales, vaporosos e inconsistentes...

Narración de las nubes

Capítulo I

De cómo fui lanzado sin consulta a las Nubes en persecución de unas enaguas.

El origen de mi rápido viaje al país de las Nubes es completamente fortuito. Nada más ajeno a mi voluntad que esta momentánea elevación de mi persona para luego descender nuevamente. Confieso, pues, no sin rubor, que este viaje, como tantos otros, solo se debe a que un día vi unas hermosas enaguas que subían majestuosamente en el aire a pesar de los esfuerzos que su dueña hacía por retenerlas en la tierra. Fui siempre muy sensible a la vista de enaguas en los aires, y apenas veo unas en la atmósfera tengo la costumbre de acudir en auxilio y prestar gratuitamente mis socorros. Me lancé aquel día, sombrero en mano, para atraparlas como si fueran simples mariposas, y fui yo mismo arrebatado por el torbellino que provocaba esos estragos y empujado por el viento hacia las Nubes. De este modo salí de la existencia terrestre y fui lanzado sin consulta a las peligrosas aventuras del espacio. Las enaguas estaban ahora infladas por el aire y se me acercaron contoneándose con gracia. Su desenvoltura

en semejantes circunstancias me reconfortó singularmente. Por su conducto recibí lecciones de energía. Las tomé en mis manos y les prodigué mil caricias. “¡Ah —exclamé—. Qué gran daño os hace el viento al separaros de vuestra dueña!”. “De ninguna manera —exclamaron—. El viento, que suele levantar los techos, es incapaz de levantarnos a nosotras, enaguas, sin nuestro previo asentimiento. Estábamos ansiosas de respirar el aire puro!”. Momentos después se deslizaron de entre mis manos, con habilidad seguramente aprendida de su reciente posesora. Las vi ondular en el aire hasta caer, y supongo que no tardaron en persuadirse de su error y de cómo el género de vida que habían abandonado era, sin embargo, uno de los más dichosos y envidiables que pueden darse sobre la faz de la tierra.

Capítulo II

De la conquista de las Nubes y de la destrucción de un grande y poderoso Imperio por las corrientes de aire.

Apenas tocaban el suelo las enaguas, que yo, por mi parte, tocaba la región donde se encuentran las primeras nubecillas; e ignoro si me hallaba aún sometido a su influencia estimulante o si era presa del vértigo de las alturas. Es lo cierto que no bien logré poner el pie en las Nubes, empecé a subir con ardor increíble y una fuerza incontrastable. ¡Me animaba la pasión de ascender! Me deslicé por angostos desfiladeros, al borde de espantosos precipicios. Vencí cuanto se oponía como obstáculo a mi paso. Nada pudo evitar mi ascenso y hollé la cúspide de las Nubes, a las que me dirigía en esta forma: “¡Oh, Nubes! He aquí que me he puesto heroicamente a la cabeza de todas vosotras...”, cuando he aquí también que, a un soplo de viento inesperado, la inmensa montaña comenzó inopinadamente a desgajarse y la nube más alta de todas

(aquella desde donde yo arengaba a las demás) huyó conmigo en la dirección que el viento le marcaba...

Capítulo III

*De cómo por una cuestión de fronteras
se desata la guerra en las Nubes.*

Oí resonar grandes truenos. Los estampidos se sucedieron con violencia a través de las Nubes encendidas por cárdenos fulgores. Aturdido, apenas podía darme cuenta de cómo manaba la sangre de las Nubes, en forma de lluvia. En aquella escena de muerte comprendí todo el horror de la guerra, y la ruina y la desolación que traen consigo los odios despiadados. Tocadas por el rayo, las Nubes lanzaban rugidos atronadores, tambaleábanse un instante y se licuaban... La guerra las tragaba sin piedad en su vorágine; y yo, pobre víctima de las calamidades, también estuve a punto de perecer, aunque nada me iba ni me venía en la contienda de la que era testigo y en la cual parece ser que se zanjaba una enconada cuestión de límites entre unas y otras Nubes, que infladas estas últimas por un aire favorable habían invadido los dominios de aquellas, en contra de los usos establecidos desde antaño. Pero mi vida estaba en riesgo. Hice acto de contrición y se me anegaron en lágrimas los ojos al recuerdo de mis innumerables pecados. Imploré a Dios que me perdonara el deseo de bienes temporales (en gracia a que estaba en las Nubes) que momentos antes había concebido. Asimismo le rogué que me dispensara, en vista de la flaca naturaleza humana, los pensamientos de otra índole que hubieran podido inspirarme las enaguas. Abrigaba el propósito de no pecar más en la vida (caso que pudiera seguir viviendo) ni apartarme otra vez de la conducta que nos hace agradables a los ojos divinos; y sin duda hubiera cumplido estos propósitos con entera fidelidad

y rectitud, si extraños acontecimientos ulteriores no me hubieran puesto en presencia de tentaciones verdaderamente irresistibles para aquella misma flaca naturaleza humana de que ya antes he hablado.

Capítulo IV

De cómo perdí el mayor bien que puede concedernos la Fortuna.

No solo me fueron perdonadas mis iniquidades, sino que me fue dado conocer la misericordia celeste en su máximo esplendor. No puedo atribuir a otra causa el hecho que presencié en seguida, cuando, en tanto que el tiempo se calmaba rápidamente y que yo daba gracias a Dios por los beneficios derramados sobre mi cabeza durante la lluvia, la Nube, siempre cambiante, dibujó los contornos de una mujer que andaba con levedad (aunque iba ciega) y en quien inmediatamente reconocí sin trabajo la atractiva hermosura de la diosa de la Fortuna. Fue sonrosándose, iluminada por un rayo de sol (que reapareció después de la tormenta) y de ella fueron víctimas al punto mis mejores ideas de enmienda. Me eché a sus pies y me puse a contemplar sus formas con deleite. ¿A dónde me conducía? Pensé que me llevaba hacia algún paraje oculto, solo de ella conocido, detrás de algún denso nubarrón, y que allí se proponía concederme el mayor bien que puede concedernos la fortuna. Tuve deseos sacrílegos, lo confieso con vergüenza. Ambicioné con locura los dones más preciados de la diosa y la estreché entre mis brazos en un instante de turbación. Olvidaba por mi mal que era de substancia etérea. En aquel brusco movimiento se le desprendieron las ligeras vestiduras, y al retirar mis brazos de su cuerpo la vi desvanecerse y desaparecer como un sueño...

Capítulo V

*De cómo, al subir por una escalera,
abarcó el panorama del vasto mundo
vaporoso y, ya sin fortuna, no tuvo inconveniente
en persuadirme de la vaporosidad de todo en las Nubes.*

No vacilé en subir por una escala de tenues nubecillas que descubrí entre los restos de la Fortuna; y a medida que lo hacía iba descubriendo un vasto panorama que abarcaba el conjunto de los países que demoran en las Nubes. Desde allí vi cuán variadas nieblas pueblan esos grandes espacios y cómo aquellas por entre las cuales había pasado solo constituyen pequeñas porciones de un mundo sin límites visibles. Allí sucedense numerosas variaciones, ocurren catástrofes insignes. Todo se agita con movimiento incomprensible, nada subsiste de ningún hecho grande o pequeño, y una vez que las cosas suceden es como si no hubieran sucedido. En el vasto mundo de las Nubes, el soplo del viento pasajero modifica incesantemente el curso de los acontecimientos más graves. Llegando a lo más alto de la escalera, entreví en el horizonte lejano una luz dorada, las apariencias de una ciudad hacia donde se dirigían todas las Nubes. Hacia ella iba también yo, empujado por la brisa bonancible. Atrás quedaban los sombríos guiñapos, restos de recientes desastres, jirones de luchas desgarradoras. Todo un mundo poblado de imágenes apesadumbradas o descomunales cedía el sitio a aquel nuevo mundo poblado de sonrientes apariciones llenas de dulzura, de esperanza y de gracia. Según mis cálculos, fundados en la velocidad del viento y en la distancia, no tardaría mucho en llegar. Allí proponíame ya pasar el resto de mis días, en el olvido de viejos infortunios y al resguardo de otros contratiempos, dichoso en mi país de blancas Nubes: pronto hube de observar que la misma ráfaga que me llevaba en dirección de ella iba a la vez alejándola delante de mí, y no precisamente a igual velocidad, sino con mucha mayor rapidez, puesto que ella era de substancia brumosa en

toda su inmensa construcción, en tanto que mi poco volumen era hecho de pesados materiales...

Capítulo VI

De cómo nací otra vez en las Nubes y de cómo vine nuevamente a la Tierra porque, estando recién nacido, había perdido el uso de la razón.

Me senté a llorar mi dolor. Los codos apoyados en las rodillas y la cabeza colocada entre las manos, me abismé profundamente en la meditación de mi infortunio. Ignoro si esa posición determinó el fenómeno que paso a describir (término de mi estado en los aires), pero es lo cierto que cuando pasados algunos instantes quise levantarme para continuar mi camino al través de las nieblas, observé con angustia que me hallaba sumido en el vientre de una Nube que avanzaba lentamente. Sin atreverme a producir el menor movimiento, dada la delicada situación en que me veía, me di a mil reflexiones acerca de esta sorpresa que me deparaba la suerte. Volvería a nacer y vería por segunda vez la luz, tendría parentela en las Nubes y, cuando quisiera, me sería posible producir truenos terribles para distraer agradablemente mis ocios. Aquel fue uno de los momentos de mayor expectativa que he conocido en mi vida. Me aguijoneaba el deseo de ver las condiciones de existencia en que sería echado al mundo: “Apenas nacido —decíame a mí mismo poniéndome un dedo sobre los labios— descubriré al primer golpe de vista la alcurnia de mi nacimiento y la posición social de mis nuevos progenitores”. En efecto, vine por segunda vez al mundo aquel mismo día. Por desgracia, al nacer había perdido toda curiosidad por averiguar la condición de mi cuna y la calidad de mis padres, así como el dinero de que pudieran disponer. Hallándome recién nacido, ignoraba la importancia de estas cosas. También, por la misma causa, me hallaba privado

de todo asomo de reflexión, experiencia y cordura, a tal extremo que me dejé arrastrar por una corriente de aire que me trajo de nuevo hasta la Tierra, donde actualmente estoy y donde he compuesto esta historia.

El librero

—Tiene excelentes ideas, magníficas intenciones... —murmuró el librero, como hablando consigo mismo, al entregarme el volumen que yo acababa de coger, llevado por el hábito que tengo de escoger siempre un volumen (pero no más de uno), en las más apartadas y miserables librerías que encuentro a mi paso.

—Excelentes ideas, sí, sí, no cabe duda —repitió, mirándome derecho en los ojos.

Solo entonces me fijé en el hombre que así hablaba, un librero, a fe mía, bastante extraño, y que exhibía sus amarillentos volúmenes en un ruinoso cascarón de otras edades, en los viejos barrios entretejidos de tortuosas y no muy claras callejuelas, por donde el azar me lleva, a veces, como de la mano, diestramente, hasta la puerta misma de alguna carcomida y nostálgica iglesia, de intrigante vetustez... o de un raro y arcaico taller de artesanía... o de algún curioso comercio inverosímil, tenido por algún inverosímil comerciante... Parecía instalado allí desde tiempo inmemorial, y no sabría yo decir a punto fijo si los estantes y los libros habían acabado por cobrar aspecto de antañones, o si los muros habrían tomado algo de los gastados y releídos libros, como yo le preguntara de qué hablaba, o a qué se refería al hablar de aquel modo, me explicó:

—Observo su fisonomía, sus gestos, su apariencia antes de cederle este ejemplar. Me parece usted persona honrada, caritativa. ¡Sobre todo caritativa! Hay que ser caritativos —añadió con acento apasionado, tomándome de la mano—, hay que ser caritativos con los pobres seres que arrastran en las páginas de los libros una existencia desolada... Los que tiene usted en sus manos en este momento, por ejemplo.

¿Sabe usted, señor, las responsabilidades en que incurren los propietarios de obras de este género? Tienen en su poder, entre sus manos, a su completa merced, existencias o criaturas de quienes todos desconocen hasta lo más rudimentario. ¿Se sabe que padecen necesidades, preocupación, dolor, tristezas?

Diciendo esto, iba y venía, entre los estantes, con ademanes de atender a alguien, o de ocuparse de clientes o personas invisibles, sin embargo, para mí.

—Aquí —me dijo, en tono de confianza, interrumpiéndose, de pronto, en sus afanes—, aquí me encontrará usted, señor, seguramente, cada día, entre héroes, protagonistas, personajes, como ve.... Pero no soy un simple librero, como pudiera creerse —añadió de inmediato—. Tampoco soy coleccionista, ni bibliotecario, bibliófilo o bibliómano. Ni mucho menos intelectual, “inteligente”, o lector empedernido. No, no. ¡Lejos de todo eso! Acojo, simplemente, junto a mí, el mayor número posible de estos desdichados que se debaten en el oscuro fondo de los libros. Les brindo mi comprensión, mi simpatía. Y trato asimismo de prestarles asistencia y ayuda, en cuanto mis recursos lo permiten. ¡Pero lo hago con buena voluntad, con buena voluntad sobre todo! No soy más que una persona para quien el infortunio de los otros existe, y que se conmueve hasta las lágrimas oyendo referir ajenas desventuras...

Estuve tentado de decirle que hay ya bastantes desventuras que aliviar en el mundo, antes que las fingidas, que solo existen en los libros. ¡Pero ya él proseguía, sin esperar de mí respuesta alguna!

—No tengo que ocultárselo, señor, sin ambages se lo diré inmediatamente: Son esos pequeños e insignificantes personajillos de los libros, los que a mí principalmente me preocupan, y hasta me desvelan por las noches... Esos

personajillos que tan penosamente cruzan la trama de las obras, los largos párrafos, los interminables capítulos, los espeluznantes monólogos... y para quienes especialmente parecen estar hechas las páginas de horror, las escenas de angustia, las situaciones terribles, los malos desenlaces... ¿No habrá que poner término, un día u otro, a tan injustas situaciones? Y, honradamente, señor, dígame usted, ¿no habrá, también, que decidirse, alguna vez, a poner manos a una urgente Obra de Rescate y Salvamento de toda esa Infancia desamparada y perturbada que corre por entre las líneas de los cuentecillos, historietas y novelines? Esta brillante iniciativa: Casa de Maternidad para el uso de las Solteras abandonadas en avanzado estado de embarazo, en casi todas las narraciones que se conocen...; y esta otra: Cooperativa para suministrar a las Víctimas del Hambre en la literatura en general, una sana y abundante alimentación a precios reducidos... ¿no hallarán, ambas, en seguida, todo el apoyo, y el favor que se merecen? No menos necesarias son las Casas de Retiro a donde los ancianos que con tanta frecuencia vemos andar por las novelas, vayan a terminar apaciblemente sus días. No hay palabras, en fin, mi buen señor, no hay palabras con que alabar suficientemente la defensa de los desheredados que aparecen en los cuentos cortos, o la represión de los abusos que sobreabundan en los largos... Hay en las páginas de todos esos relatos un sinnúmero de seres indefensos e infelices, que son empujados, casi a diario, a los peores abismos del crimen, del vicio, del delito. ¿Y cuántos de entre ellos no son llevados, paso a paso —o línea a línea—, hacia alguna de aquellas tremendas situaciones —angostos desfiladeros del destino—, cuyo único escape no puede ser, sino el suicidio? A todos estos, el propio autor que los ha creado, los va llevando, poco a poco, hoja tras hoja, y los precipita, de repente, en los conflictos insolubles que él mismo ha tenido buen cuidado de venirles preparando, desde episodios precedentes, con refinada maña y disimulo. Otros —otros muchos—, son lanzados al fondo del presidio —por causas a menudo no muy bien esclarecidas y estudiadas, señor!—; y allí languidecen y sufren largos años, en espera de una justicia y una rectificación

que apenas si alguna vez viene a brillar tímidamente en las últimas líneas del último capítulo...

Estaba yo perplejo, oyendo todo esto, sin chistar (pues no intentaba ahora contradecirle nada, nada al curioso personaje y filántropo libresco). Quiso él mismo, sin embargo, sacarme del embarazo, al parecer; y por entre los sobrecargados, o más bien superpoblados estantes que se apretujaban y estrechaban unos contra otros, lo vi alejarse, de improviso, como atendiendo a una llamada. Con ágiles esguinces fue sorteando los rimeros de volúmenes dispersos por el suelo, a la espera, se diría, de futura ubicación sobre los tramos, por el momento atiborrados. Y desapareció, finalmente, de mi vista, detrás —o no sé si dentro de sí mismo— de unos estantes que no muy bien pude observar en el penumbroso rincón donde se alzaban... ¡Unos estantes de “Humorísticos” —según decía, arriba, ¡un letrero!...

La realidad circundante

Con grandes gestos, en alta voz, a fin de llamar la atención de los pasantes, comenzó de nuevo su peroración.

—Un gran número de personas —dijo— un número de personas mucho mayor de lo que suele decirse, están mal adaptadas o no lo están absolutamente a las condiciones del mundo en que viven. Carecen de la importante facultad de adaptarse al medio ambiente. Les falta el resorte de adaptación a la realidad circundante. Ahora bien, yo he descubierto o inventado una capacidad artificial que suple ventajosamente a la capacidad espontánea o natural de adaptación. Es un pequeño y en apariencia insignificante aparato o accesorio, de composición ingeniosa, de sencillo empleo y de poco peso y volumen, y que llamo “Capacidad artificial especial para adaptarse incontinenti a las condiciones de existencia, al medio ambiente y a la realidad circundante”.

Introdujo ambas manos en uno de los bolsillos del chaleco —un chaleco a cuadros— y extrajo con precaución una cajita o estuche que contenía, según dijo, uno de sus exactos y excelentes aparatos adaptadores a las vicisitudes de la vida, las inconstancias de la suerte, las inclemencias del cielo, los cambios de la fortuna, las vueltas del mundo. Los mantenía en alto, en la punta de los dedos, como una hostia consagrada delante de los fieles creyentes.

—Este pequeño y en apariencia insignificante aparato —Continuó— está llamado a prestar invalorable servicios a los hombres reales, o que tal se dicen, no suficientemente provistos por la Naturaleza de la preciosa capacidad especial antedicha. Ensayo actualmente sobre mí mismo uno de estos aparatos y me admiro de verme a cada paso sobrepasado por los efectos de mi invención. Habiéndome toda mi vida considerado como persona bastante bien adaptada al mundo que me rodea, solo ahora he venido a comprender la distancia que realmente me separaba hasta hoy de la verdadera *adaptación científica a la vida real*. Mi incomparable invento —en cuya patente industrial y registro de marca me ocupo— es un verdadero instrumento de precisión que mide y muestra milésimo a milésimo los progresos que hace el paciente y lo conduce a un grado superior de adaptación concienzuda. Muchas personas poseen solo una defectuosa facilidad natural de adaptarse. Otras están momentánea o parcialmente adaptadas, mas los efectos de su capacidad son en realidad muy limitados y suelen estar circunscritos a este o aquel fragmento de la vida y del mundo circundante. Mi aparatito perfeccionado suprime igualmente estas deformidades e intermitencias adaptativas sumamente peligrosas y susceptibles de provocar trastornos y desórdenes más graves de la facultad de adaptación. Tratadas con mi aparato, estas inadaptaciones particulares, que no vistas a tiempo pueden generalizarse y ser crónicas, se curan por completo. Al cabo de corto tiempo, no puede decirse si tal o cual individuo es un *adaptado a priori* o un *adaptado a posteriori*. El caso más frecuente es el del mediocre o incompletamente adaptado o *semiadaptado a priori*, cuya educación es terminada, ampliada y precisada mediante el uso del invento que tengo en mis manos. Cuanto a la curación de los peores *inadaptados radicales*, puedo garantizarla por completo, comprometiéndome a restituir el dinero y recibir el aparato si no diere en corto tiempo el resultado que da en todos los casos sin excepción de ningún género. No existe, señores y señoras, incapacidad de adaptación a la realidad circundante capaz de ofrecer resistencia durable a la eficaz acción de mi aparato ajustador, el cual las vence todas y rápidamente las sustituye o reemplaza por una capacidad

verdaderamente extraordinaria de adaptación al mundo ambiente y a la realidad circundante.

Como yo, empinado por encima del círculo de oyentes asomé la cabeza para ver el aparato ajustador, se dirigió a mí en un tono confidencial completamente distinto del anterior:

—Es el único que me queda. Fabrico estos aparatos yo mismo, y se comprende que no puedo producirlos en gran número. Por lo menos, no en cantidad suficiente para atender el gran número de pedidos que constantemente recibo de parte de personas deseosas de adquirirlos a cualquier precio. Solicito ahora el capital indispensable para emprender la fabricación en serie de mi aparato ajustador al medio ambiente o de mimetismo social artificial. Solo que, hasta hoy, las personas pudientes, millonarios y financistas que he encontrado y a quienes he expuesto el negocio, gozan todos de una inmejorable capacidad natural de adaptación, hasta de *súper adaptación*, y no conciben la necesidad de mi capacidad artificial suplementaria...

—Yo, en cambio —le dije—, me doy perfecta cuenta de la importancia del negocio, pero no estoy en condiciones de suscribir el capital: ¡soy un grave inadaptado, tal vez incurable!

—¡Aprovechad señores y señoras! —continuó, reanudando su primera entonación del discurso—. ¡Aprovechad esta última ocasión que se os presenta de adquirir mi excelente aparato ajustador! ¡Antes de que estos aparatos comiencen a ser fabricados en serie y que cada quien se halle en posesión de uno de ellos!

Este último argumento pareció convencer súbitamente a algunos de los que formábamos el círculo en torno al tenaz propagandista; y no pocos decidieron a adquirir el aparato o accesorio, antes de que se agotase el corto número, hecho a mano, de que podía disponer el vendedor —según decía—; antes, sobre todo, de que comenzase a ser fabricado por millares, en vasta serie industrializada, y a estar puestos así al alcance de legiones y masa de reacios a la verdadera comprensión de lo real. (Y era innegable que había gran conveniencia

en adquirirlo allí mismo y no después, pues podía así ganarse tiempo y tomarse ya fuerte ventaja sobre futuros *neo-adaptados*, en cuanto al adelantamiento y acomodo en las buenas posiciones de la vida...).

Ahí está, hoy todavía, sobre la mesa donde escribo, y alguna vez me habrá servido —no lo niego— como pisapapel sobre las hojas de un nuevo cuento inverosímil...

El difunto yo

Examiné apresuradamente la extraña situación en que me hallaba. Debía, sin perder un segundo, ponerme en persecución de mi *alter ego*. Ya que circunstancias desconocidas lo habían separado de mi personalidad, convenía darle alcance antes de que pudiera alejarse mucho. Era necesario, mejor dicho, urgente, muy urgente, tomar medidas que le impidieran, si lo intentaba, dirigirse en secreto hacia algún país extranjero, llevado por el ansia de lo desconocido y la sedde aventuras. Bien sabía yo, su íntimo amigo y compañero, que tales sentimientos venían aguijoneándole desde tiempo atrás, hasta el extremo de perturbarle el sentido crítico y la sana razón que debe exhibir un *alter ego* en todos sus actos, así públicos como privados. Tenía, pues, bastante motivo para preocuparme de su repentina desaparición. Sin duda acababa él de dar pruebas de una reserva sin límites, de inconmensurable discreción y de consumada pericia en el arte de la astucia y el disimulo. Nada dejó traslucir de los planes que maestramente preparaba en el fondo de su silencio. Mi *alter ego*, en efecto, hacía varios días que permanecía silencioso; pero en vista de que entre nosotros no mediaban desavenencias profundas, atribuí su conducta al fastidio, al cual fue siempre muy propenso, aun en sus mejores tiempos, y me limité a suponer que me consideraba desprovisto de la amenidad que tanto le agradaba. Ahora

me sorprendía con un hecho incuestionable: había escapado, sin que yo supiera ni cómo ni cuándo.

Lo busqué enseguida en el aposento donde se me había revelado su brusca ausencia. Lo busqué detrás de las puertas, debajo de las mesas, dentro del armario. Tampoco apareció en las demás habitaciones de la casa. Notando, sorprendida, mis idas y venidas, me preguntó mi mujer qué cosa había perdido.

—Puedes estar segura de que no es el cerebro —le dije. Y añadí hipócritamente:

—He perdido el sombrero.

—Hace poco saliste, y lo llevabas. ¿No me dijiste que ibas a no sé qué periódico a poner un anuncio que querías publicar? No sé cómo has vuelto tan pronto.

Lo que decía mi mujer era muy singular. ¿Adónde, pues, se había dirigido mi *alter ego*? Dominado por la inquietud, me eché a la calle en su busca y seguimiento. A poco noté —o creí notar— que algunos transeúntes me miraban con fijeza, cuchicheaban, sonreían o guiñaban el ojo. Esto me hizo apresurar el paso y casi correr: pero a poco andar me salió al encuentro un policía, el cual, echándome mano con precaución, como si fuera yo algún sujeto peligroso o difícil de prender, me anunció que estaba arrestado. Viéndome fuertemente asido, no me cupo de ello la menor duda. De nada sirvieron mis protestas ni las de muchos circundantes. Fui conducido al cuartel de policía, donde se me acusó de pendenciero, escandaloso y borracho, y, además, de valerme de miserables y cobardes subterfugios, habilidades, mañas y mixtificaciones para no pagar ciertas deudas de café, de vehículos de carrera, de menudas compras. ¡Lo juro por mi honor! Nada sabía yo de aquellas deudas, ni nunca había oído hablar de ellas, ni siquiera conocía a las personas o los sitios —y qué sitios!— en donde se me acusaba de haber escandalizado. No pude menos, sin embargo, de resignarme a balbucir excusas, explicaciones: me faltó valor para confesar la vergonzosa fuga de mi *alter ego*, que era sin duda el verdadero culpable y autor de tales supercherías, y pedir su detención. Humillado, prometí enmendarme.

Fui puesto en libertad, y alarmado, no ya tanto por la desaparición de mi *alter ego* como por las deshonrosas complicaciones que su conducta comenzaba a hacer recaer sobre mí, me dirigí rápidamente a la oficina del periódico de mayor circulación que había en la localidad, con la intención de insertar en seguida un anuncio advirtiendo que, en adelante, no reconocería más deudas que las que yo mismo hubiera contraído. El empleado del periódico, que pareció reconocerme en el acto, sonrió de una manera que juzgué equívoca; y sin esperar que yo pronunciara una palabra, me entregó una pequeña prueba de imprenta, aún olorosa a tinta fresca, y el original de ella, el cual estaba escrito como de mi puño y letra. Lo que peor es, el texto del anuncio, autorizado por una firma que era la mía misma, decía justamente aquello que yo tenía en mientes decir. Pero tampoco quise descubrir la nueva superchería de mi *alter ego* —¿de quién otro podía ser?— y como aquel era, palabra por palabra, el anuncio que yo quería, pagué su inserción durante un mes consecutivo. Decía así el anuncio:

Participo a mis amigos y relacionados de dentro y fuera de esta ciudad que no reconozco deudas que haya contraído “otro” que no sea “yo”. Hago esta advertencia para evitar inconvenientes y mixtificaciones desagradables. Andrés Erre.

Volví a casa después de sufrir durante el resto del día que las personas conocidas me dijeran, a cada paso, dándome palmaditas en el hombro:

—Te vi por allá arriba... O bien:

—Te vi por allá abajo...

Mi mujer, que cosía tranquilamente, al verme llegar, detuvo la rueda de la máquina de coser y exclamó:

— ¡Qué pálido estás!

—Me siento enfermo —le dije.

—Trastorno digestivo —diagnosticó—. Te prepararé un purgante y esta noche no comerás nada.

No pude reprimir un gesto de protesta. ¡Cómo! La escandalosa conducta de mi *alter ego* me exponía a crueles privaciones alimenticias, pues yo debería purgar sus culpas, de acuerdo con la lógica de mi mujer. Esto desprendíase de las palabras que ella acababa de pronunciar.

Sin embargo, no quería alarmarla con el relato del extraordinario fenómeno de mi desdoblamiento. Era un alma sencilla, un alma simple. Hubiera sido presa de indescriptibles terrores y yo hubiera cobrado a sus ojos las apariencias de un ser peligrosamente diabólico. ¡Desdoblarse! ¡Dios mío! Mi pobre mujer hubiera derramado amargas lágrimas al saber que me acontecía un accidente tan extraño. Nunca más hubiera consentido en quedarse sola en las habitaciones donde apenas penetraba una luz débil. Y de noche, era casi seguro que sus aprensiones me hubieran obligado a recogerme mucho antes de la hora acostumbrada, pues ya no se acostaría despreocupadamente antes de mi vuelta, ni la sorprendería dormida en las altas horas, cuando me retardaba en la calle más de lo ordinario.

No obstante los incidentes del día, todavía conservaba suficiente lucidez para prever las consecuencias de una confidencia que no podía ser más que perjudicial, porque si bien las correrías de mi *alter ego* pudiera suceder que, al fin y al cabo, fuesen pasajeras, en cambio sería difícil, si no imposible, componer en mucho tiempo una alteración tan grave de la tranquilidad doméstica como la que produciría la noticia de mi desdoblamiento. Pero los acontecimientos tomaron un giro muy distinto e imprevisto. La defección de mi *alter ego*, que empezó por ser un hecho antes risible que otra cosa, acabó en una traición que no tiene igual en los anales de las peores traiciones... Ese inicuo individuo...

Pero observo que la indignación —una indignación muy justificada, por lo demás— me arrastra lejos de la brevedad con que me propuse referir los hechos. Hélos aquí, enteramente desnudos de todo artificio y redundancia:

Salí aquella noche después de comer frugalmente porque mi mujer lo quiso así y me dijo, no obstante mis reiteradas protestas, que me

dejaría preparado un purgante activísimo para que lo tomara al volver. Calculaba que mi regreso sería, como de ordinario, a eso de las doce de la noche.

Con el fin de olvidar los sobresaltos del día, busqué en el café la compañía de varios amigos que, casi todos, me habían visto en diferentes sitios a horas desacostumbradas y hablaban maliciosamente de ciertos incidentes en los cuales hallábase mezclado mi nombre, según pude colegir, pues no quise inquirir nada directamente ni tratar de esclarecer los puntos. Guardé bien mi secreto. Disimulé los hechos lo mejor que pude, procurando despojarlos de toda importancia. Una discusión de política nos retuvo luego hasta horas avanzadas. Eran las dos de la madrugada cuando abrí la puerta de casa, empujándola rápidamente para que chirriara lo menos posible. Todo estaba en calma, pero mi mujer, a pesar de que dormía con un sueño pesado, despertó a causa del ruido. Los ojos apenas entreabiertos, me preguntó entre dientes cómo me había sentado el purgante.

— ¡El purgante! —exclamé—. ¡Llego de la calle en este momento y no he visto el purgante! ¡Explícate, habla, despierta! ¡Eso que dices no es posible!

Se desperezó largamente.

—Sí —me dijo— es posible, puesto que lo tomaste en mi presencia... Y estabas conmigo... y...

—... ¡Y!..

Comprendí el terrible engaño de mi *alter ego*. La traición de aquel íntimo amigo y compañero de toda la vida me sobrecogió de espanto, de horror, de ira. Mi mujer me vio palidecer.

—Efecto del purgante —dijo.

Aunque nadie, ni aun ella misma, habían notado el delito de mi *alter ego*, la deshonra era irreparable y siempre vergonzosa a pesar del secreto. Las manos crispadas, erizados los cabellos, lleno de profundo estupor, salí de la alcoba en tanto que mi mujer, volviéndose de espaldas a la luz encendida, se dormía otra vez con la facilidad que da la extenuación; y fui a colgarme de una de las

vigas del techo con una cuerda que hallé a mano. Al lado colgaba la jaula de Jacintico, el loro; y seguramente hice yo algún ruido en el instante de abandonarme como péndulo en el aire, pues Jacintico, despertándose, esponjó las plumas de la cabeza y me espetó como solía hacerlo cada vez que me veía pasar junto a su jaula:

— ¡Adiós, Doctor!

Tengo razones para creer que mi *alter ego*, que sin duda espiaba mis movimientos desde algún escondrijo improvisado, a favor de las sombras de la noche, se apoderó enseguida de mi cadáver, lo descolgó y se introdujo dentro de él. De este modo volvió a la alcoba conyugal donde pasó el resto de la noche ocupado en prodigar a mi viuda las más ardientes caricias. Fundo esta creencia en el hecho insólito de que mi suicidio no produjo impresión ni tuvo la menor resonancia. En mi hogar nadie pareció darse cuenta de que yo había desaparecido para siempre. No hubo duelo, ni entierro. El periódico no hizo alusión a la tragedia, ni en grandes ni en pequeños títulos. Los amigos continuaron chanceándose y dándole palmaditas en el hombro a mi *alter ego*, como si fuera yo mismo. Y Jacintico no ha dejado nunca de decirle, viéndolo pasar junto a la jaula:

— ¡Adiós, Doctor!

Sin duda, mi *alter ego* desarrolló desde el principio un plan hábilmente calculado en el sentido de producir los resultados que en efecto se produjeron. Previó con precisión el modo como reaccionaría yo delante de los hechos que él se encargaría de presentarme en rápida y desconcertante sucesión. Determinó de antemano mi inquietud, mi angustia, mi desesperación; calculó exactamente la hora en que un cúmulo de extrañas circunstancias había de conducirme al suicidio. Esta hora señalaba el feliz coronamiento de su obra; y es claro que solo un *alter ego* que gozaba de toda mi confianza pudo llevar a cabo esta empresa. En primer lugar, el completo conocimiento que poseía de los más recónditos resortes de mi alma le facilitó los elementos necesarios para preparar sin error el plan de inducción al suicidio inmediato. En segun-

do término, si logró hacerse pasar por mí mismo delante de mi mujer y de todas las personas que me conocían, fue porque estaba en el secreto de mis costumbres, ideas, modos de expresión y grados de intimidad con los demás. Sabía imitar mi voz, mis gestos, mi letra y en particular mi firma, y además conocía la combinación de mi pequeña caja fuerte. Todos mis bienes pasaron automáticamente a poder suyo, sin que las leyes, tan celosas en otros casos, intervinieran en manera alguna para evitar la iniquidad de que fui víctima. También se apoderó del crédito que había alcanzado yo después de años de conducta intachable y correctos procederes; y en el mismo periódico continúa publicando a diario con su firma, que es la mía, el mismo aviso que dice:

Participo a mis amigos y relacionados de dentro y fuera de esta ciudad que no reconozco deudas que haya contraído “otro” que no sea “yo”. Hago esta advertencia para evitar inconvenientes y mixtificaciones desagradables. Andrés Erre.

Carta de César Zumeta

En las anteriores ediciones de *La tienda de muñecos* la Carta de César Zumeta a Julio Garmendía se encontraba en los prólogos bajo el título de “Carta preliminar”. Por razones didácticas para esta colección, se la ubica al final, como epílogo.

Querido Garmendía:

Refiere usted las aventuras de alguien que por socorrer unas enaguas que se iban por los aires, se fue naturalmente a las nubes, en donde, acurrucado en el vientre de una de ellas, se le disiparon la persona y los años vividos hasta que la brisa lo devolvió, recién nacido, a la tierra. Luego presenta usted al personaje del “Cuento inverosímil” que reivindica su indiscutible preeminencia respecto de los héroes de historias verosímiles y ordinarias. Emplea usted una noche entre nuestros amigos los duendes y, a poco, tienta usted al Diablo y logra hacer, a costa de él, un viaje de ida y vuelta hasta las puertas del cielo. En seguida tiene el espíritu suyo que mudarse de su propio cuerpo, porque lo desaloja su doble, su “otro yo”, y de toda esa gente ficticia pasa usted, sin duda reencarnado, a la gente ficticia agolpada en una “Tienda de muñecos”.

Al volver la última página se pregunta uno si no es usted, mi querido Garmendia, el personaje del más inverosímil de los cuentos. Sucede que entre lo que tenemos de distintivo los venezolanos está el hábito de ahogar en zumba lo serio o lo tedioso. Si en París todo concluye o concluía en canción, allá todo remata en chiste o epigrama. Cultivamos sin descanso el arte sutil de embromarnos; pero a no ser en prosa o verso festivos y fáciles, o entre dardos y aguijones nada áticos de polémica, historia y crítica “rotativas”, ¿quién oyó nunca revolver la abeja en nuestras letras? Y ahora la sonrisa de usted viene al romper aquella flagrante y pertinaz contradicción entre lo que se escribe y lo que se habla en Venezuela, entre lo campanudo de aquello y lo chispeante y retozón de esto.

No cabe en esta carta la averiguación del origen de tanta solemnidad y compostura, real o convencional en lo escrito. Sobran motivos, sin duda, y no es ocioso buscarlos, para que la sonrisa se haya mantenido inédita entre nosotros, hasta cuando fue caso de reír el de que adaptáramos al modo clásico el tono romántico y otros más recientes tonos literarios. No es difícil explicar por qué la risa y la familiaridad que han llegado al teatro, a la novela y al periódico, han sido, aparte las obligadas confirmaciones de las reglas callejeras, desaforadas o desapacibles.

El diputado que al grito de “muramos como romanos” del 24 de enero, contestó: “Yo soy del Guárico”, fijó en nuestros anales parlamentarios el hondo sentido de aquel hábito zumbón y jaranero que, lejos de denotar superficialidad, o de ser siempre trivial o maligno, expresa aquel sano desenfado optimista que le deja al Tiempo el cuidado de remediar lo remediable, y le pide al segundo que pasa una canción de salud y de esperanza. Esta disposición crítica que, sin excluir el acto necesario, mide serenamente el esfuerzo requerido, y ni teme que toda ráfaga de tormenta hunda el barco, ni cree que todo indicio de costa en lontananzas es puerto de gracia, viene a ser una valiosa reserva de buen sentido y aun de conciencia colectiva.

Con esta sensibilísima flema tropical nos lleva usted en amable viaje por el tan olvidado, viejo y siempre nuevo país de lo azul, donde todo nos comprueba la engañosa fantasmagoría de lo real y la generosa realidad de lo ilusorio y de lo fantástico. Es al doblar la última página cuando vuelve uno a sentirse en el cautiverio de Realilandia, en la perpetua Tienda de Muñecos, o de títeres, que es la vida desde antes de que el primer Adán tuviera andanzas con la primera Eva; tienda en la cual cada ser animado goza precisamente del mismo ilimitado albedrío de la buena dama que, al acabar de escribirle al primo Basilio regañándolo por haber osado darle cita galante, sale derechamente a acudir a la cita pecaminosa, llevada por la misma fuerza “que mueve al sol y las demás estrellas”.

Y burla burlando recuerda usted que no hay otro refugio contra el tropel del inevitable muñequismo, sino las nubes; ni más prometedor ciencia que la que, mientras se cumplen lentas y sabias evoluciones reales, nos enseña a ver en lo Azul, destacarse de la rolliza y mofletuda Aldonza, olorosa a ajos, la lírica Dulcinea, sabrosa a ambrosía.

Siempre fue útil, pero rara vez tanto como hoy, decirles sonriendo a los que abominan de la fantasía porque esteriliza, dicen, la acción o le resta fuerzas, que las nubes sirven para algo más que regar sementeras: que de una radiante niebla original viene cuanto se palpa y existe, y de las nubes vino, recién nacida, la Fábula con el regalo de sus mitos, y pobló de divinidades cielos y tierra: que hijos de la Fábula son todos los personajes surgidos de la mente del hombre asilado en las nubes, y que, divinos o no, son ellos los que, hechos idea o símbolo, han moldeado y moldean civilizaciones; los que guían razas y pueblos y los sobreviven; flotan, ellos no más, sobre las edades y son el alma de la especie.

Los muñecos olvidan que el acto esencial es la Idea y, después de 1914, sopla en la Tienda, por el mundo todo, un vendaval de aquella impertinencia y fachenda, ahora llamada “esnobismo”, que barre a granel la escoria moral y mental de los autómatas hacia la región de la crónica menuda y mundana,

hacia los lindes del escándalo o del presidio. Vaga, ciega, fatalmente, a lo que aspiran sin presentirlo los engréidos, es a pasar por personajes de cuento inverosímil, a poder conversar amigablemente con un Diablo asequible, de buena pasta, y a aprender a librarse, o a condolerse, o a reírse de ellos mismos.

Como el mecanismo de unos muñecos es más complicado que el de otros y el de los impertinentes es demasiado simple para permitirles lanzarse escoteros por los aires, ni crear diablos que no tengan la misma textura satánica de ellos, hay que dejarlos en las nubes de cartón o de pergamino de feria y quizás no sea dable ni siquiera enseñarles a verse risibles.

Pero la ironía de usted no ha de ser golondrina íngrima, sino presagio del temperamento de una generación risueña, vigorosa, resuelta a desanimar a los imitadores y copistas, y a exigir, al fin, y a dar, como lo hace usted, substancia original en molde propio.

Consíentame decirle que se han hecho ustedes esperar.

CÉSAR ZUMETA

ROMA, 1926



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-7301-94-7

DEPÓSITO LEGAL

DC2021000954

CARACAS, VENEZUELA, SEPTIEMBRE DE 2022

La presente edición de
LA TIENDA DE MUÑECOS
se realizó
durante el mes
de septiembre de 2022,
ciclo bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

La edición
consta de
10.000 ejemplares

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



La tienda de muñecos Esta selección de cuentos de Julio Garmendia, publicada en 1927, es considerada la obra fundadora de la narrativa moderna venezolana al introducir el tratamiento de lo fantástico con juegos verbales, el absurdo y la ironía, como proyección de un sujeto escindido y la creación de un mundo donde hay un trastocamiento lógico de la realidad.

En narraciones como “La realidad circundante”, la expresión se va hacia lo oratorio, y que en “El cuento ficticio” sirve para exponer de forma magistral las encrucijadas de la ficción, en un ejercicio metaliterario por demás inusitado. “El alma” es un relato que propone al diablo como un personaje característico, un maestro campechano, de buen humor, afable, a quien en un giro polémico representa como símbolo de la curiosidad y la rebeldía, es decir, le otorga cualidades profundamente humanas. “La tienda de muñecos”, pórtico de este volumen y que le da nombre, expone no solo una crítica a las jerarquías, sino la inminencia de la muerte.

Es así como Garmendia fue un crítico de su contexto histórico social, en él lo fantástico inaugura otro mundo posible a partir de una autorreflexión y una profunda conciencia del mundo, donde el lenguaje es el elemento para entablar su compromiso con el mundo.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

